

4. Obras escritas en la época de la persecucion.

Varios cánticos del libro de los Salmos nos dan á conocer la disposicion de los ánimos en tiempo de la persecucion religiosa. Uno de estos cánticos empieza con la pregunta por qué Dios repudia á los suyos y por qué está tan irritado contra su grey, y continúa suplicando á Dios que ampare á su comunidad y su morada de Sion, y acaba con esta descripcion de la calamidad: «Un enemigo lo destruye todo en tu santuario. Tus enemigos han bramado en medio de tu casa de fiesta; allí han colocado sus señeras; se parecen á aquel que en la espesura del bosque levanta el hacha, y ahora hacen astillas con hachas y martillos tus esculturas; han pegado fuego á tu santuario y echan por tierra la morada de tu nombre profanándola. Quemán todas las sinagogas en el país.» No viendo ya los devotos y piadosos ni señales de Dios ni profeta que les diga el tiempo que durarán los males, preguntan á Dios y piden que castigue á los impíos, y se consuelan diciendo: «Pero Dios es mi rey y desde los tiempos antiguos es el que trae la salvacion al país.» Es muy notable que esta última idea, la de ser Dios el rey de su pueblo, vuelva á aparecer evidentemente para formar contraste con el rey tirano que entonces habia tocado al pueblo judío. Esta idea de ser Dios el protector particular de Israel, idea que habia desaparecido de la literatura judía bajo la influencia griega, quedó entonces restablecida clara y explícitamente, y á mayor abundamiento el autor del salmo señala el poder de su rey divino en su obra de creacion y en su gobierno del mundo creado; y finalmente le suplica en una oracion algo larga que conceda su auxilio á su pueblo, afligido y angustiado, recordando el pacto hecho (con Israel).

En otro cántico, que data evidentemente de la misma época, se describe la profanacion del templo por los gentiles y la matanza que estos hicieron en Jerusalem, para suplicar á Dios que ponga término á la persecucion, castigue á los enemigos y perdone los pecados (de su pueblo). En cambio dice otro cántico del tiempo de la persecucion religiosa: «No te olvidamos ni fuimos infieles á tu pacto; nuestro corazon no te abandonó ni nuestros pasos se desviaron de tí cuando nos abrumaste en el desierto y nos rodeaste de tinieblas. No, no olvidamos el nombre de nuestro Dios ni levantamos nuestras manos á ningun dios extraño, sino que por tí nos degollaron de continuo y nos trataron como ganado de matadero.»

Un cuadro mucho mas extenso del movimiento espiritual dentro del círculo de los judíos creyentes de aquella época nos suministra el libro notabilísimo que entonces apareció, muy probablemente en forma de hojas volantes debidas al profeta Daniel y que ciertamente contribuyó en gran manera á la forma que posteriormente se dió á los sucesos. Este libro, que forma parte de la Biblia como es sabido, se divide por su contenido en dos partes. La primera parte no pretende tener por autor á Daniel, y es en efecto un libro «sobre Daniel» que entre otras cosas dice por ejemplo cuántos años vivió este profeta. La primera parte, refiriéndose claramente en muchos pasajes al período griego, habla en primer lugar de la deportacion de Daniel por Nabucodonosor en el año 597 antes de nuestra era, y de su educacion en la corte real, donde se le cambia el nombre á él y á sus compañeros; y ya hemos visto que á los judíos helenistas les gustaba cambiar sus nombres por otros griegos. El objeto principal del narrador es evidentemente hacer saber á sus lectores que Daniel y sus amigos se abstuvieron en la corte real de todo manjar impuro y que no obstante fué su aspecto mas sano y robusto que el de todas las demás personas. Para el judío que vivia en el mundo griego, el peligro mayor y tambien el mérito mas heróico era mantenerse fiel á las prescripciones de su ley

respecto de los alimentos. Además de este punto hay otros rasgos en esta relacion que solo se explican suponiendo el libro escrito en el período griego. Uno de ellos es el pasaje que refiriéndose á Daniel y á sus amigos dice: «En toda clase de ciencia y sabiduría que el rey les demandó, hallóles diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que habia en todo su reino.» En esto se muestra el mismo engrandecimiento del genio judío que se observa tambien en la carta de Aristeo. Era una ambicion que no conocieron los judíos ni en el imperio caldeo ni en el persa; la adquirieron bajo el dominio griego en su trato con los griegos, afanosos de instruirse y de extender y aumentar sus conocimientos.

La segunda parte del libro es una imitacion manifiesta de la historia del patriarca José. La explicacion de un sueño de Nabucodonosor vale á Daniel el ser nombrado gobernador de toda la comarca de Babilonia, y hasta está copiada de la historia de José la particularidad de que los magos del rey han de adivinar el sueño del rey para despues interpretarlo. Mas si el autor se propuso dar á entender que todo esto su cedió cuando hubo magos, es decir, en tiempo de los caldeos ó cuando mas en tiempo del dominio persa, anduvo desacertado, porque hace hablar á sus caldeos en lengua siríaca, y además hay una expresion en la misma historia del ensueño que evidencia que el relato fué escrito en el período griego. Daniel dice al rey: «El secreto que el rey pide no le puede decir ningun sabio, ningun astrólogo, ningun mago ni adivino, pero existe un Dios en el cielo que revela los secretos y que ha hecho saber al rey Nabucodonosor lo que sucederá en los dias venideros.» Esta última expresion es la misma que se encuentra en los libros de Isaias y de Miqueas al pasar á describir el reinado mesiánico de paz. Esto evidencia tambien el mismo ensueño del rey que mientras el Faraon de la historia de José soñó con vacas gordas y flacas y espigas llenas y vacías, el rey Nabucodonosor tiene un sueño que es un cuadro de la historia universal hasta la llegada del reino mesiánico, porque Nabucodonosor vió una figura grande y terrible que, segun lo interpretó Daniel, era la personificacion de diferentes imperios: la cabeza de oro significaba el imperio caldeo de Nabucodonosor; el pecho y el brazo de plata significaban, conforme lo indica todo el libro, el imperio medo de Darío; el cuerpo inferior, vientre y flancos de bronce, representan el imperio persa de Ciro; los muslos de hierro el imperio de Alejandro Magno y los pies mezclados de hierro y de barro cocido eran los imperios griegos, de los cuales dice la interpretacion: «En cuanto á aquello que viste del hierro mezclado con pedazos de barro, significa que se mezclarán con simiente humana, mas no se pegarán el uno con el otro, como el hierro no se funde con el barro.» (Daniel, 2, 43.) Este pasaje puede referirse al casamiento de Benice, la princesa egipcia (hija de Tolomeo II) con Antíoco Teos, rey de Siria, ó al casamiento de Cleopatra, hija de Antíoco el Grande, con Tolomeo Epífanes. Sea lo uno, sea lo otro, de todos modos resulta que esto de los pies se refiere á sucesos que acaecieron por lo menos tres siglos despues del reinado de Nabucodonosor, y estos pies «son quebrantados por una piedra del monte no arrancada por manos humanas, la cual desmenuzó el hierro, el metal, el barro, la plata y el oro, y el viento se llevó todo como polvo de la era, y nada se volvió á encontrar; pero la piedra que habia quebrantado la imagen se hizo una gran montaña que llenó toda la tierra.» Explicadas las diferentes partes del coloso, era fácil explicar el final del sueño, menos lo de la piedra no arrancada de la montaña por manos humanas. En tiempo de los imperios helénicos serán destruidos los imperios universales, y tocante á la piedra dice Daniel: «Y en los dias de estos reyes (que en vano quieren unirse por medio de casa-

mientos) levantará el Dios del cielo un reino que nunca jamás se corromperá; y no será dejado á otro pueblo este reino, el cual desmenuzará y consumirá todos estos reinos, y él permanecerá para siempre.»

Precisa y clara presenta, pues, el libro de Daniel la esperanza del reino mesiánico, como un reino universal y perdurable que acabará con los reinos terrenales. Ningun otro escrito de la literatura judía presenta esta idea con igual claridad. Este reino debia llegar segun el mismo libro precisamente cuando se hacian la guerra los reyes griegos de Siria y de Egipto, los Seléucidas y Tolomeos. Pero por admirable que sea el desarrollo que habia recibido la idea del reino mesiánico, hay que confesar que este reino no se realizó en la época indicada ni tampoco en la forma que expresa la profecía; por eso no se falta á la piedad y seria simplemente necio si se admitiera que Nabucodonosor habia tenido, en el segundo año de su reinado, este sueño que tuvo que explicar Daniel en la corte de Babilonia cuando todavía no habian sido conducidos á esta ciudad el rey Joaquin de Judá ni Daniel ni sus amigos. Tambien es difícil admitir que Dios hubiese revelado á Nabucodonosor en un sueño minuciosos sucesos enteramente históricos que abrazan un largo período de tiempo y que acaban en un cuadro ficticio. Además no se vé el objeto práctico de esta revelacion del porvenir, porque Nabucodonosor se limita á alabar á Dios y á recompensar regiamente á Daniel por su explicacion, pero por lo demás no le inspira temor ninguno el contenido de la profecía que ningun peligro indica, ni para el rey ni para su imperio. En cambio se comprende fácilmente que este relato impresionara vivamente á la gente, para la cual fué escrito en tiempo de los reyes griegos de Siria y de Egipto; y siendo así, es tambien evidente que para ocupar un judío su fantasía en un sueño que significa la destruccion de los reinos ó imperios griegos de Oriente, hubo de haber un motivo poderoso y que este no podia ser sino la persecucion religiosa de Antíoco Epífanes. Entonces sí que se esperaba el juicio de Dios que habia de castigar al rey impío, y entonces tambien el ejército sirio acababa de destruir y dividir el reino de Egipto; entonces debian de acordarse los judíos, como hemos visto en aquel salmo, otra vez que el rey de Israel era desde antiguo Dios, y era muy natural que en la afliccion esperaran la venida de un reino de Dios universal y eterno. Muchos escritos anónimos y seudónimos indujeron tambien á atribuir esta esperanza en un porvenir mejor é inmediato á un varon de fama de otros tiempos, y como entonces se escribieron los Proverbios de Salomon, no habia nada de singular que se escribiesen tambien las visiones y explicaciones de sueños de Daniel. Esto obligaba á los autores á hacer decir á sus seudónimos no solo las profecías relativas al tiempo presente sino tambien las relativas á los tiempos anteriores, cosa muy fácil porque lo sucedido en estos tiempos ya se sabia y de esta manera encontraba la última parte de las profecías mas crédito. Esto dió lugar á productos literarios que han recibido el nombre de apocalípticos. Estos escritos tratan de las ideas de los profetas relativas al porvenir mesiánico, mientras los escritos de los profetas se ocupan principalmente en consolar al pueblo de sus desgracias presentes. Para el autor de escritos apocalípticos, que hacia pasar por autor de un escrito á un varon famoso de otra época, era naturalmente indispensable que conociera bien la historia pasada desde el tiempo del supuesto autor, lo cual no siempre sucedia ni mucho menos.

En el libro de Daniel sigue á la relacion del sueño de Nabucodonosor la de los tres hombres que permanecieron ilesos en el horno ardiente, donde fueron echados por no querer adorar á un ídolo que fué entonces inaugurado solemnemente. Los nombres de los instrumentos músicos empleados en la

funcion inaugural nos revelan claramente la época en que vivió el autor verdadero del libro, porque cita el kitros, el psantrin y la suniponia, que recuerdan al instante los nombres griegos de cítara, psalterio y sinfonia (zampoña), y cuyo empleo no se comprenderia si el escrito perteneciera á un período anterior al griego. Los tres compañeros de Daniel que se negaron á adorar la imagen son echados en el horno encendido; los hombres que los echaron parecen entre las llamas y Nabucodonosor vé estupefacto á los tres hombres atados pasearse libremente con otro de apariencia divina dentro del horno; entonces los hace salir y él y todos los grandes reunidos vieron que el fuego no habia tocado á sus cuerpos, ni se habia quemado un solo cabello de sus cabezas, ni sus ropas habian sufrido detrimento, ni exhalaban olor de fuego. Hubo, como es de suponer, grandes alabanzas al Dios de Israel.

El objeto de este cuento salta á la vista; es una prueba de que las personas fieles á Dios pueden contar con su proteccion en medio de las persecuciones mas furiosas. La persecucion es religiosa y la sufren judíos, siendo paganos los perseguidores; pues bien, la única persecucion religiosa que habian sufrido los judíos de parte de paganos cuando el libro de Daniel fué escrito y conocido, fué la de Antíoco Epífanes.

Sigue á esto un decreto del rey Nabucodonosor en el cual hace saber á todos los pueblos de su imperio, un milagro que Dios ha obrado en él. Segun le habia advertido un sueño interpretado por Daniel, «fué expulsado (por algun tiempo) de entre los hombres; comia yerba como los bueyes, y su cuerpo se bañaba con el rocío del cielo hasta que su cabello creció como las plumas del águila y sus uñas se encorvaron como las de las aves.» Despues recobró su razon y reconoció que el Altísimo es el dueño del imperio de los hombres y lo puede dar á quien quiera.

El objeto de este pasaje es hacer comprender que Dios puede humillar á los reyes poderosos y elevarles otra vez, es decir, el que gobierna es el «rey del cielo,» expresion que recuerda la del «reino del cielo» que apareció posteriormente. La misma idea campea en el relato del banquete del rey Baltasar, que para el autor del libro de Daniel era hijo de Nabucodonosor. Baltasar pidió que le llevaran á la mesa los vasos de oro y de plata que su padre habia robado del templo de Jerusalem. Bebieron en ellos el rey y sus grandes, sus mujeres y sus concubinas, y alabaron á los dioses de oro y de plata, de metal, de hierro, de madera y de piedra. De repente una mano escribe en la pared de la sala real, palabras misteriosas que no son capaces de descifrar los magos caldeos y adivinos llamados por orden del rey. Entonces entra en la sala del banquete la reina (el autor al parecer quiere decir la madre del rey) y recuerda al rey aterrado que Daniel habia explicado ya los sueños de Nabucodonosor. Llamado Daniel, se presenta: rehusa primero los presentes que le hace el rey, y despues recuerda á éste la humillacion que Dios habia impuesto á su padre, como queda referido; le reprende por su soberbia, de que acaba de dar pruebas profanando los vasos sagrados y cantando las alabanzas de los dioses de oro, plata, bronce, hierro y madera, que ni ven, ni oyen ni saben nada; «mientras que al Dios en cuya mano está tu vida, y están todos tus caminos, nunca honraste.» Entonces de su presencia partió la mano, cuyos dedos trazaron estas palabras: *Meneh, meneh, texel, upharsin* (contado, contado, pesado y repartido) La interpretacion es: *Meneh*, contó Dios tu reino y le ha puesto fin. *Texel*, pesado has sido en la balanza y fuiste hallado falto de peso. *Phares*, tu reino ha sido roto y dado á medos y persas. Hecha la explicacion de la escritura misteriosa, es recompensado Daniel como lo fué el patriarca José; pero «la misma noche fué muerto Baltasar, rey de los caldeos.»

Siguiendo una cronología reñida con la historia sucede en el libro de Daniel á Baltasar el rey de los medos Darío. Este nombra á Daniel administrador de las rentas reales de la tercera parte de las provincias del imperio, por cuyo motivo tuvieron envidia á Daniel los gobernadores de estas provincias, y no pudiendo encontrar en su administracion motivo para acusarle, consiguieron una órden irrevocable del rey que prohibía á todo el mundo, durante el plazo de treinta dias, pedir nada ni á Dios ni á persona alguna excepto al rey. Desde luego se comprende que semejante órden era poco menos que imposible de cumplir y por lo mismo no es probable que hubiese sido dada jamás. Dejado esto aparte, dice la narracion que los gobernadores lograron su objeto; Daniel, modelo de judío fiel á la ley de su culto, observa sus tres horas de oracion cada dia, es denunciado y á pesar de la afliccion del rey, que le profesa grandísimo afecto, es echado en el foso de los leones, donde le sucede lo mismo que á los tres varones en el horno ardiente. El rey que durante la noche no ha cerrado los ojos, va al foso que habia sellado con su sello y encuentra á Daniel entre los leones sano y salvo. En su lugar son echados sus enemigos envidiosos y al instante son despedazados por las fieras. El rey publica un edicto recomendando á todos los súbditos de su imperio el temor del Dios de Daniel, «porque él es el Dios viviente y permanente por todos los siglos, y su reino no será deshecho y su señorío no tendrá fin.» En este relato se ensalza, pues, tambien el poder de Dios para proteger á los que guardan sus mandamientos y cabalmente cuando mas son perseguidos por su fe, y ya hemos dicho que la primera persecucion religiosa que sufrieron los judíos de parte de gentiles fué la de Antíoco IV. Con esta historia termina la primera mitad del Libro de Daniel.

La segunda mitad de este libro contiene cuatro revelaciones que recibió Daniel, el cual figura en gran parte como narrador y refiere lo que le pasó; mas á pesar de esto no puede dudarse del tiempo en que fué escrito el libro. La primera revelacion es un sueño muy semejante por su contenido al que tuvo Nabucodonosor en la primera parte del libro. Cuatro animales extraños, cuya descripcion recuerda la de los querubines de Ezequiel, salen del mar y significan, segun dice el mismo relato, cuatro imperios que se formarán en la tierra y que son evidentemente los mismos que figuran en el mencionado sueño de Nabucodonosor y no hay entre ellos, como tampoco en el otro, ninguno que se refiera al imperio asirio, que ya no existia en tiempo de los caldeos, pues, siguiendo la cronología especial del libro de Daniel figuran: el imperio de los caldeos representado por un leon con alas de águila; el de los medos, al cual representa un oso; el de los persas, figurado por un tigre ó pantera, y el de los macedonios por un monstruo espantoso sin nombre y que tiene diez cuernos, alusion muy inteligible á la division de este imperio en varios reinos. Al cabo de algun rato, nace entre estos cuernos otro cuerno mas pequeño que figura, segun la interpretacion, otro rey que vendrá despues y será diferente de los diez primeros y «que hablará palabras contra el Altísimo, y á los santos del Altísimo quebrantará y pensará mudar los tiempos y la ley; y entregados serán en su mano hasta el tiempo, y los tiempos y la mitad del tiempo (1).» Es evidente que este rey no es sino Antíoco IV, que se diferencia de sus predecesores por su actitud respecto de los judíos y sus disposiciones contra la religion judía; mas su persecucion solo dura «hasta que viene el Anciano de grande edad, y se dió el juicio á los santos del Altísimo (2).» Este anciano es Dios eter-

(1) Cap. 7, vers. 25.
(2) Cap. 7, vers. 22.

no, que sentado en un trono y rodeado de sus jueces hace justicia conforme á sus leyes. La cuarta bestia es muerta y á las otras se les quita su dominio: «Y hé aquí en las nubes del cielo como un Hijo del hombre que venia; y llegó hasta el Anciano, de grande edad... y fuéle dado señorío, y gloria, y reino; y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron; su señorío, señorío eterno, que no será transitorio, y su reino que no se corromperá (3).» La corta interpretacion de este trozo dice: «Y que el reino, y el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los señoríos le servirán y le obedecerán (4).»

En la descripcion de esta vision, tan afin á la del sueño de Nabucodonosor, hay que observar que en este último no se hace resaltar tanto la venida del reino mesiánico ni se le describe tan brillantemente como en la vision de las cuatro bestias, ni siquiera se expresa para quién ha de ser el reino de Dios, porque lo que en aquel sueño importaba era hacer ver que los reinos de este mundo son todos transitorios. En la vision de las cuatro bestias, ya es otra cosa; allí se da el reino eterno, al cual todos los pueblos servirán, á los santos del Altísimo, es decir, á los israelitas fieles, y hasta se fija el tiempo y se dice claramente que es el de Antíoco Epífanes. Si en el sueño de Nabucodonosor solo se describe la abrumadora grandeza del reino mesiánico, en la vision de las bestias la sentencia, que se dictará conforme á la justicia mas estricta, no va envuelta en el establecimiento del reino de Dios, y la descripcion expresa la superioridad de este reino sobre los imperios terrenales que lo han precedido con una idea que es ciertamente uno de los pensamientos impercederos que ha producido la historia de la religion israelita. Los imperios terrestres están simbolizados por animales, y el reino de Dios tiene por símbolo al hijo del hombre; aquellos salen del mar, y el hijo del hombre baja del cielo, la morada de Dios. En el reino de Dios recibe el hombre la dignidad que le corresponde y que hasta entonces no le ha elevado todavía sobre el mundo animal. Ha habido divergencias respecto de si el «hijo del hombre» en esta vision significa el reino mesiánico en general ó el Mesías que lo ha de traer; mas esta cuestion es sencillísima, porque el «hijo del hombre» es simplemente un símbolo como las cuatro bestias y representa el reino de Dios como estas representan imperios mundanos, lo que no impide que el israelita piadoso viera en la imagen del hijo del hombre al Mesías, destinado á establecer el reinado de Dios y á ser rey de Israel.

Ya hemos hecho notar la importancia de la reaparicion del elemento nacional en aquella época despues de haber quedado postergado este aspecto de la religion judía bajo el dominio de los Tolomeos, á consecuencia de haberse concentrado las ideas de patria y nacionalidad en la observancia de las prescripciones religiosas. No es menos importante que la reaparicion del carácter nacional expresado en la idea mesiánica se presente enriquecida y acompañada del sentimiento griego; pues la idea de que el hombre en el transcurso de la historia y como ha quedado demostrado irrefutablemente en la primera parte de esta obra, se acerca á un fin que Dios le ha fijado, solo podia ser engendrada en el mundo griego. En efecto, solo en el mundo griego podian suavizarse los contrastes entre el griego y el bárbaro, y entre el judío y el pagano, y podian caber todos en la colectividad llamada humanidad. Solo en el mundo griego pudo nacer la idea de la esencia humana comun á griegos, bárbaros, judíos y paganos por diferentes que sean todos bajo otros puntos de vista. El

(3) Cap. 7, vers. 13 y 14.
(4) Cap. 7, vers. 27.

libro de Daniel presenta en la profecía que acabamos de citar la idea grandiosa de que la humanidad llegará definitivamente y para siempre á su destino en el reino imperecedero que será fundado por el pueblo judío, y si alguna prediccion humana puede llegar á cumplirse, es esta del reino de Dios que abraza la humanidad entera, pues así nos lo asegura la historia. Del judaismo salió el Salvador del mundo, cuya humanidad idealizada fué el manantial en que se rejuvenecieron justamente los pueblos históricos de la tierra, que sacan de este manantial continuamente nueva vida y nuevas fuerzas creadoras; y este Salvador ha tomado por punto de partida de su mision lo que la vision de Daniel dice del hijo del hombre y de su reino.

La siguiente vision de Daniel no es tan notable por la riqueza de las ideas como por su relacion directa y clara con el suceso principal que ocurrió durante las persecuciones de Antíoco. Un macho cabrío, que significa el reino macedónico, destruye á un carnero, que representa la Persia. Se quiebra el cuerno grande del macho cabrío, lo cual significa la muerte de Alejandro Magno, y en lugar del cuerno roto nacen cuatro, que significan los reinos griegos. Uno de los cuatro cuernos se hace muy grande y se extiende tambien á la Tierra Santa: «Y engrandeciése contra el príncipe del ejército del cielo y le quitó el continuo (el sacrificio diario), y el lugar de su santuario fué echado por tierra, y el ejército fué entregado á causa de la prevaricacion sobre el continuo (el sacrificio diario) (1).» Aquí se cita, segun se ve, una disposicion especial y determinada de Antíoco IV, pues Seleuco IV todavía habia sufragado del tesoro del Estado el sacrificio diario en el templo de Jerusalem. De Antíoco Epífanes se dice en la explicacion de la vision que es hombre sagaz, que se vale de engaños (vers. 25) y al final por via de consuelo se afirma que durará poco el tiempo de la afliccion. La vision siguiente viene á ser una doctísima investigacion sobre la manera de entender los sesenta años del cautiverio de Babilonia de que habla Jeremías. Un ángel hace esta explicacion á Daniel resolviendo la dificultad y diciéndole que aquellos años significaban períodos de siete semanas de años, como los admite tambien la ley religiosa israelita que ordena para cada seis años un año de descanso. Concluido el último período de siete años, un rey infuico debe abolir los sacrificios que se hacen en el templo, erigiendo en su lugar altares de abominacion. Esto se refiere indudablemente á Antíoco IV, y en esto ha cometido el autor del libro un grandísimo error cronológico, pues viene á colocar así la destruccion de Jerusalem en la primera mitad del siglo VIII antes de nuestra era, es decir, aproximadamente en el año 660 en lugar de 586. Mayor importancia que la interpretacion de ciertos detalles tiene la confesion de que al ser escrito el libro de Daniel estaban ya admitidos los escritos del profeta Jeremías en los libros, evidentemente en una coleccion de literatura sagrada, pues que entonces se comentaban ya expresiones de sentido difícil de la Biblia. A esto hay que añadir que en una oracion de Daniel que figura en esta narracion se habla del tiempo de los profetas como pasado, todo lo cual prueba que cuando fué escrito el libro de Daniel existia ya la erudicion de las letras sagradas, es decir, de la Escritura Sagrada.

A esta vision sigue la cuarta y última, en la cual recibe Daniel la comunicacion histórica mas detallada. El ángel que se aparece á Daniel le refiere sin alegorías, de una manera bastante enjuta, pero detallada, las cosas venideras, no sin haber hablado antes de su participacion en las luchas que entre sí habian tenido los ángeles protectores de los diferentes pueblos. En su narracion empieza el ángel por el tiempo de Ciro

(1) Cap. 8, vers. 11 y 12.

y dice que despues de otros tres reyes que seguirán á Ciro ha de marchar uno con un poderosísimo ejército contra la Grecia. Pues bien: á Ciro sucedió Cambises, despues de este reinó el falso Esmerdis, al cual siguió Darío, y á este sucedió en cuarto lugar Jerjes; mas el autor del libro de Daniel se muestra poco enterado en este punto, porque, como hemos visto, cita á Darío como rey de los medos antes que á Ciro, de suerte que hace seguir inmediatamente á las guerras de los griegos contra la Persia, en el siglo V (así á lo menos parece), el reinado de Alejandro Magno, pues dice: «Levantárase luego un rey valiente, el cual alcanzará un gran dominio y hará su voluntad; pero cuando esté enseñoreado de todo, será quebrantado su reino y esparcido por los cuatro vientos del cielo, y no será dado á sus descendientes ni segun el poder que le dió la dominacion; porque su reino será desmembrado y repartido entre los extraños, no entre los suyos (2).»

Por este estilo va continuando, y la narracion al principio muy escueta se va haciendo á cada paso mas exacta, salvo que solo se cuida, entre los reinos griegos, de los de los Tolomeos y de los Seléucidas, siendo el de estos fundado, en opinion del autor, por un general de Tolomeo; es decir, que Seleuco I fundó con soldados de Tolomeo Lago su reino en Babilonia antes que, aliado con Tolomeo, destruyera en la batalla de Ipsos el poder de Antígono. Despues de esto el ángel menciona el casamiento de Berenice con Antíoco II, y el fin funesto de este matrimonio; la guerra de venganza del hermano de Berenice (el renuevo de sus raíces) (3) Tolomeo III Evergetes contra Seleuco II Calínico. Algo mas se detiene el autor hablando de Antíoco III, el Grande; describe la batalla de Rafia y atribuye el regreso del seléucida vencido á la debilidad del victorioso Tolomeo, y al mismo tiempo da noticia de la sublevacion de muchos judíos contra los Tolomeos: «Y en aquellos tiempos se levantarán muchos contra el rey del Mediodía, é hijos de disipadores de tu pueblo se levantarán para confirmar la profecía y caerán (4).» Despues habla de la conquista de Palestina por Antíoco III á raíz de la batalla de Paneas; del casamiento de Cleopatra, hija del rey de Siria, con Tolomeo Epífanes; la guerra desgraciada de Antíoco III contra Roma y la repentina muerte de este rey. Pocas palabras dedica el ángel al breve reinado de Seleuco IV y se detiene en cambio mucho en el de Antíoco IV, cuya subida al trono, sus campañas de Egipto con sus resultados, el despojo del templo de Jerusalem y la persecucion religiosa en Palestina son relatados claramente. De las persecuciones dice:

«Enojárase contra el (pueblo del) pacto santo y hará; volverá, pues, y pensará en los que hubiesen desamparado el pacto santo; y serán puestos brazos (armados) de su parte y contaminarán el santuario de fortaleza y quitarán el continuo (sacrificio) y establecerán la abominacion de la desolacion. Y con lisonjas hará pecar á los violadores del pacto; mas el pueblo que conoce á su Dios se esforzará y hará. Y los sabios del pueblo darán sabiduría á muchos; y caerán á cuchillo y á fuego, en cautividad y despojo por (algunos) dias; y en su caer serán ayudados con algun socorro, y muchos se juntarán á ellos con lisonjas. Y (algunos) de los sabios caerán para ser purgados y limpiados y emblanquecidos hasta el tiempo determinado, porque aun para esto (hay) plazo (5).»

Con esto concluye la relacion de la calamidad religiosa de los judíos el autor del importante libro de Daniel, que segun se ve, presenció todavía el principio de la sublevacion de su

(2) Cap. 11, vers. 3 y 4.
(3) Cap. 11, vers. 7.
(4) Cap. 11, vers. 14.
(5) Cap. 11, vers. 30-35.

pueblo contra Antíoco, así como la muerte de algunos caudillos, pero ya no la nueva inauguración del templo. Sobre Antíoco Epifanes añade todavía algunas palabras en que dice que este rey no se cuidó de los dioses de sus padres, que se entregó á excesos con mujeres, y que no pensó en otros dioses sino únicamente en su propio endiosamiento (1). Sin embargo, menciona del mismo rey una campaña gloriosísima y de grandísimo provecho contra el Egipto, añadiendo que noticias alarmantes del Norte y Este le obligaron á abandonar el teatro de sus victorias, y que entonces plantó sus tiendas entre Jerusalem y la costa del Mediterráneo. De esta campaña nada se sabría si no fuese por el Libro de Daniel. El único autor que fuera de este libro parece hablar de ella, se valió evidentemente de noticias basadas en este mismo libro. Sin embargo, erró en el año en que coloca esta campaña, á saber, el oncenno del reinado de Antíoco, es decir, el año 165 antes de nuestra era, porque habiendo sido inaugurado de nuevo el templo de Jerusalem el año anterior, en diciembre de 166, habría tenido noticia de este gran suceso el autor del Libro de Daniel, que en este punto cabalmente merece completa fe; y como Antíoco se dirigió en el año 167 al Este, adonde le llamaron las noticias alarmantes mencionadas, es de suponer que en este mismo año estaría ya arrepentido de su acto de obediencia á Roma y que en el mismo año emprendiera una nueva y brillante campaña contra el Egipto, y que mientras allí batallaba perdieron sus generales las batallas contra los judíos sublevados.

Notables son también las esperanzas del porvenir que se expresan al final de esta extensa profecía, pues dice que se levantará Miguel, el ángel protector de Israel, y este pueblo será libertado de sus terribles angustias. El autor añade á esta esperanza otra que aparece por primera vez en la literatura hebrea: «Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para la vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpétua. Y los entendidos resplandecerán como el firmamento, y los que enseñan la justicia á la multitud como las estrellas brillarán eternamente (2).» En este pasaje se anuncia en términos precisos la resurrección de los muertos. Esta idea es una combinación de esperanzas de los genios griego y judío tan notable como la figura del hijo del hombre que baja del cielo para traer á la humanidad el reino de Dios. La idea propiamente griega, como platónica, de la inmortalidad del alma, se encuentra ya en Focílides, pero en la profecía de Daniel se entiende en el sentido de una vida perdurable en el reino de Dios que los judíos aguardaban se establecería en la tierra. A esta esperanza era preciso adaptar la idea griega, y así salió de la región especulativa griega para comenetrarse con la ardiente religiosidad de los judíos, para la cual era una idea tan nueva como vivificadora que los buenos y piadosos no perdían por la muerte su participación en el reino de Dios. El Libro de Daniel termina con una visión que no ofrece gran interés; vuelve á prometer que pronto se acabarán las angustias y el ángel encarga á Daniel selle el libro y aguarde tranquilo. El libro será leído de muchos y aumentará la ciencia.

5. La guerra religiosa hasta la retirada de Baquides.

La última parte del Libro de Daniel va mas allá de la marcha meramente histórica de los sucesos que hemos refe-

(1) Cap. II, vers. 37.

(2) Cap. 12, vers. 2 y 3.

rido. En esta parte del libro vemos que en la época de la persecución religiosa de Antíoco los inteligentes en la ley de la religión judía procuraban hacer comprender al pueblo su situación ignominiosa y animarlo á mostrarse valiente y proceder con energía. También nos dice el mismo libro que estas amonestaciones produjeron el resultado apetecido; que una partida, al principio poco numerosa, adquirió en poco tiempo, con el auxilio poderoso de Dios, tanta importancia, que se agregaron á ella hasta gente que anteriormente era poco afectá á la causa que aquella defendía. Mas no por esto amainó la persecución y mas de un maestro en las leyes sagradas cayó en manos de los enemigos. De estos sucesos vamos á tratar ahora.

El tiempo que empezó entonces para el pueblo judío es sin duda el mas heroico de su historia, desde el cautiverio de Babilonia; y lo mas simpático de esta época es la reaparición de un vigoroso sentimiento nacional basado en el antiguo sentimiento religioso. Las persecuciones de Antíoco IV salvaron al pueblo judío del peligro de perder su conciencia nacional religiosa, de ser el pueblo de Dios, en el largo período de paz que disfrutó bajo el mando de los Tolomeos; y lo demuestra en cierta manera también el Libro de Daniel, que si no la declara explícitamente, deja á lo menos traslucir esta idea fundamental de la religión israelita: á saber, que Israel es el pueblo de Dios. Según se infiere de lo que dice el ángel en el Libro de Daniel, el ángel Miguel era el protector de Israel á la manera de los ángeles protectores del imperio persa y griego, pero mas poderoso que ellos, porque al fin se concede al pueblo de los santos del Altísimo el reino eterno, rasgos que corresponden perfectamente al carácter nacional de la religión hebrea antigua; solo que con la introducción del ángel protector y mediador resulta colocado Dios á mayor distancia; y cuando se acerca mas á los hombres, como se ve en la visión del hijo del hombre, es porque Dios se siente mas atraído hácia los buenos y piadosos que hácia el pueblo por haberlo elegido como suyo. Sin penetrar tan hondo, volvió el pueblo judío á tener conciencia cada vez mas clara, á fuerza de luchar por la religión de sus mayores, de ser el pueblo elegido, amado y preferido por Dios.

Había en aquel tiempo un sacerdote llamado Matatías, hijo de Juan y nieto de Simeon (3), de la sección sacerdotal de Joarib, es decir, descendiente de la familia sacerdotal mas augusta. Este hombre, en tiempo de la persecución religiosa de Antíoco IV, se estableció con sus cinco hijos en Modein, hoy El-Medye al Nordeste de Lydda. Decía que su familia descendía de Jaschmonai (*Asamonaios*), por cuya razón se la designaba con el nombre de Asmoneos. Sus cinco hijos se llamaban Juan, alias Gadis, Simon, alias Tasi, Judas, alias Macabeo, Eleazar, alias Anarán, y Jonatán, alias Afo. No se ha logrado explicar ni la significación ni el origen de estos sobrenombres; pero el único de ellos que tiene importancia histórica tiene también un origen perfectamente claro, á pesar de las dudas de algunos eruditos; pues *macabaio* significa martillo, es decir, maza de guerra, ó sea como nombre propio, el Esforzado. La suposición de ser el mismo nombre un compuesto de las primeras letras de la frase *ymí khamo-kha belohim Javeh?* (¿quién entre los dioses es como tú, Jehova?) es desde luego errónea, porque está basada en la ortografía muy posterior del mismo nombre, á saber *Makhabbi*, cuando antes se escribía *Maccabaio*.

Matatías y sus hijos sintieron al parecer toda la magnitud de la profanación y del despojo del templo, así como de la

(3) Que acaso es el mismo que el llamado Jaschmon ó Jaschmonai, del cual luego hablaremos.

aflicción que pesaba sobre su pueblo. Es muy posible lo que se refiere de la persecución de los judíos fieles á su religión y de Matatías y de su familia, aunque podrá ser igualmente invención ó embellecimiento de algun escritor: Estos israelitas, dice la narración, iban vestidos de luto por la situación tristísima de su pueblo, y al cabo de algun tiempo se vieron impulsados á dejar su dolor mudo y á proceder como héroes con desprecio de la muerte. Llegaron á Modein enviados del rey capitaneados por Apeles, con la misión de obtener de cada habitante la declaración de profesar la religión griega. Los enviados siguieron el sistema de ganar primero á los vecinos mas notables y una vez conseguido que sacrificasen á las divinidades paganas, era fácil que los demás vecinos siguieran su ejemplo. Con este propósito los propagadores del culto griego se dirigieron á Matatías; pero éste declaró en voz alta para que todos le oyeran que aunque todos los pueblos del reino, obedientes á las órdenes del rey, dejaron sus antiguas costumbres, él, sus hijos y hermanos, jamás abandonarían su culto ni el pacto que sus mayores habían hecho con Dios. Dicho esto, aproximóse un judío al altar pagano para sacrificar en él, conforme á la orden del rey; pero al verlo, Matatías se precipitó sobre el renegado y le tendió muerto junto al altar. Esta fué la señal de una sublevación general; Apeles y sus acompañantes fueron degollados y el altar pagano destruido. No viéndose ya seguro Matatías en Modein, reunió á sus compañeros y les dijo: «¡Cuantos quieren defender nuestra ley y mantener el antiguo pacto de Israel con Dios, que vengan conmigo!» Muchos abandonaron sus casas, familias y ganados, y se reunieron con Matatías para no sacrificar á las divinidades paganas en sus lugares.

Esta historia tiene mucha analogía con la estancia de David en la caverna de Adulam, y por algun rasgo se parece también al levantamiento de Gedeon contra los madianitas.

Los hombres del rey se valieron desde luego de un medio muy fácil para reducir á los rebeldes á la obediencia y fué caer sobre ellos el sábado, día santo para los judíos creyentes, y decirles: «Aun es tiempo; salid de vuestros escondrijos, haced lo que el rey manda y salvareis la vida.» Entonces comprendieron los judíos el peligro á que les conduciría la observancia estricta de su ley, y por lo mismo convinieron en que también combatirían en adelante los sábados, siempre que se vieran atacados por el enemigo; pero entretanto dieron una muestra de heroísmo sin igual unas mil personas entre hombres y mujeres dejándose matar el día que la religión les mandaba santificar, sin levantar un simple guijarro y arrojárselo al enemigo y sin defender la entrada de sus cuevas. Habrían permanecido fieles á la ley, pero en pocas semanas no habría quedado ni un israelita de los fieles si hubiesen continuado guardando el sábado.

Desde entonces quedó admitido entre los judíos el principio de combatir también los sábados, como una de las muchas prácticas que los judíos se vieron obligados á adoptar en adelante aunque fuesen otras tantas licencias consagradas por el uso, pero de todos modos contrarias á la ley.

Agregóse también á los sublevados la sinagoga de los *asideo*s, es decir, los devotos, gente muy valiosa que se dedicaba voluntariamente al servicio de la ley del culto. Esta es la primera noticia que tenemos de la existencia entre los judíos de una comunidad defensora y mantenedora de la ley religiosa. Estos defensores aceptaron no obstante la práctica ó sea la licencia de combatir el día dedicado al descanso. Con esto queda dicho que todos cuantos repugnaban ó estaban cansados del gobierno tiránico del rey de Siria, se agregaron á Matatías. El entusiasmo suplía al número y á la deficiencia militar y en todas partes donde se presentaron derribaron los altares paganos y circuncidaron á los niños. No

tardaron, sin embargo, en experimentar una pérdida por demás sensible en la persona de su caudillo principal, Matatías, que murió en el año 167 de una enfermedad. Por fortuna suya, la jefatura recayó en un hijo del difunto, el valiente y esforzado Judas, llamado Macabeo, que si no era el hijo mayor de la familia fué sin duda el mas propio para el puesto á que se le había elevado, según la antiquísima costumbre de la raza semita, que en materia de dignidades mira el mérito personal y no el derecho hereditario. Los judíos al pasar la dignidad del padre, para honrar la memoria de éste, á un hijo suyo, hicieron de una familia de héroes, una nueva familia real, cuya transformación favorecieron los hermanos de Judas Macabeo, que se sometieron á su autoridad según parece sin envidia. Según se dice, el ejército contaba entonces 6,000 combatientes que continuaron la obra comenzada por Matatías con el mismo celo y fidelidad que antes. Judas se presentaba repentinamente delante de ciudades y aldeas y les pegaba fuego; cuando podía sorprendía al enemigo en los lugares á propósito, y así ahuyentó á muchos. Como Gedeon, le gustaba efectuar sus sorpresas de noche. Los sirios, como se comprende, no estuvieron ociosos. El general Apolonio, que había llegado á Jerusalem en el año 168 con el encargo de llevar á efecto el edicto del rey tocante á la religión, continuaba allí con su ejército y á él tocó la misión de sofocar la sublevación. Sus fuerzas se componían de paganos y samaritanos; Judas Macabeo fué á su encuentro y le venció, y Apolonio y muchos de los suyos perecieron. Entonces Seron, el general en jefe de las tropas acantonadas en la provincia de Siria, llegó con una hueste formidable á Bethoron, población situada al Noroeste de Jerusalem y distante cinco horas de esta ciudad. Una parte de Bethoron ocupaba una altura en dirección de Jerusalem y la otra parte se extendía por los collados bajos. En la parte alta estaba Judas con los suyos; y al marchar á su encuentro en el llano las columnas enemigas, los judíos sintieron desfallecer su valor, porque no habían comido nada todavía aquel día, ya fuese por ser día de ayuno, ya por falta de provisiones, lo que es mas probable. Judas los animó diciendo: «Dios puede ganar también con pocos.» Los judíos cayeron sobre el enemigo y vencieron; 800 muertos dejó el enemigo en el campo de batalla; los demás huyeron al país de los filisteos, perseguidos por la gente de Judas hasta muy lejos por la llanura. Esta batalla de Bethoron fundó la fama de Judas Macabeo, cuya arenga pronunciada á los suyos antes de la batalla parecía encontrar su contestación en estas palabras del Libro de Daniel: «Se les ayudará con el auxilio de pocos.»

Aquí tenemos que llenar un vacío del Libro de Daniel que hemos señalado ya al hablar del mismo libro. Antíoco Epifanes, después de dar á Seron el encargo de someter á los judíos sublevados, había vuelto á Egipto para continuar allí sus operaciones; pero al saber la derrota de Seron volvió á Palestina y acampó, como dice el Libro de Daniel en su última parte, entre Jerusalem y el Mediterráneo. Entonces los judíos creyeron ver la poderosa mano de Dios en la conducta de Antíoco Epifanes, pues sin emprender nada de particular contra los sublevados ni contra Jerusalem, levantó sus tiendas y prosiguió su marcha. Los judíos se acordaron acaso de la retirada milagrosa de Senaquerib delante de Jerusalem y vieron quizás en la marcha de Antíoco el cumplimiento parcial de la profecía de Daniel, al cual debía seguir el establecimiento del reino de Dios; pero la situación continuó como estaba: en el templo de Jerusalem se sacrificaba á los dioses paganos como antes; de la guerra no se veía el fin, y sin que Antíoco operase directamente ó por medio de sus generales contra Judas y los suyos, no faltaban á estos enemigos activos. Al rey interesaba salvar evidentemente las